

Be Not Afraid

“Christmas: An Expression of the Priestly Love of Jesus Christ”

by Bishop John M. LeVoir

As we approach Christmas, I would like to write about the priestly office or ministry of Jesus and how we carry on that mission today. This call to continue Christ’s priestly office comes from our Baptism. It is at Baptism that we receive our identity as Christians. At Baptism, we are changed by the pouring of the water and the saying of the words into "other christs."

About the baptized person’s identification with Christ, the Catechism of the Catholic Church teaches: "Incorporated into Christ by Baptism, the person baptized is configured to Christ" (CCC, no. 1272). In addition, St. Augustine wrote about baptized Christians, saying: "Let us rejoice, therefore, and give thanks to God: not only have we become Christians, but we have become Christ himself" (St. Augustine, “In Iohannis Evangelium Tractatus,” tr. 21, 8).

Being configured to Christ by Baptism is one source of our dignity. The other is being created in the image and likeness of God. St. Leo the Great wrote: "Christian, remember your dignity, and now that you share in God’s own nature, do not return by sin to your former base condition. Bear in mind who is your head and of whose body you are a member. Do not forget that you have been rescued from the power of darkness and brought into the light of God’s Kingdom" (“Sermo 1 in Nativitate Domini,” 1-3; PL 54, 190-193).

Having been configured to Christ in Baptism, we are called to carry on the mission of Jesus. One aspect of his mission involved his priesthood. Christ exercised his priesthood by revealing love to us. Christ showed us God’s love in his every word and action. The fullness of love (the giving of oneself to others for their true good) was revealed in the Incarnation, and the Death and Resurrection of Christ (the Paschal Mystery). As Pope John Paul II taught: "This revelation reaches its definitive fullness in the gift of love which the Word of God makes to humanity in assuming a human nature [the Incarnation], and in the sacrifice which Jesus Christ makes of himself on the Cross for his bride, the Church [celebrated at Easter]" (“On the Family,” no. 13). It is the first act of the expression of Christ’s priesthood, his Incarnation, that we celebrate at Christmas.

The word "Incarnation" refers to God the Son, the second Person of the Trinity, assuming our human nature, without giving up his divine nature. As the Catechism of the Catholic Church states, the Incarnation is "the fact that the Son of God assumed human nature and became man in order to accomplish our salvation in that same human nature. Jesus Christ, the Son of God, the second Person of the Trinity, is both true God and true man, not part God and part man" (CCC, Glossary).

In other words, in coming down from heaven and making his home the womb of the Blessed Virgin Mary, Jesus gave himself totally. He did not pretend to be human or

appear to be human, he was wholly human. So, Jesus did not hold anything back when he became one of us for our salvation. He gave himself totally for our true good. This is the definition of love. In addition to giving his life on the Cross, this is how Jesus exercised his priesthood.

What does this have to do with us? We are called by Baptism and our configuration to Christ to imitate him and to carry on his priesthood by giving ourselves totally to others for their true good. Just as Jesus gave himself by becoming one of us and by giving his life on the Cross for our salvation, so are we to give ourselves to others, totally and unselfishly, not holding anything back. This is the meaning of Christmas. God gives himself to us, and we give ourselves to God and to others.

The gift of God to us and the gift of ourselves back to God and to others happen in the most powerful way at Mass. It is at Mass that the sacrifice of the Cross is presented again. Jesus' sacrifice is made present under the appearances of bread and wine. So, at Mass, we are there at the Cross, receiving Christ's love and being empowered to give love back to God and to others. That is why we go to Mass on Christmas and each Sunday (or Saturday evening).

The first Christmas and every celebration of Christmas afterward is an opportunity for the God-man and true priest, Jesus Christ, to shower us with his love. Christmas is also an opportunity for us to recommit ourselves to the daily imitation of the priesthood of Jesus by giving our love to God and to our brothers and sisters. This opportunity presents itself to us in each and every celebration of the Eucharist.

As Pope Benedict wrote about the Eucharist: "Each celebration of the Eucharist makes sacramentally present the gift that the crucified Lord made of his life, for us and for the whole world. In the Eucharist, Jesus also makes us witnesses of God's compassion towards all our brothers and sisters. The Eucharistic Mystery thus gives rise to a service of charity towards neighbor, which 'consists in the very fact that, in God and with God, I love even the person whom I do not like or even know'" ("The Sacrament of Love," no. 88).

A most blessed Christmas to you and yours.
(December 2010)

No Tengas Miedo

Navidad: Una Expresión del Amor Sacerdotal de Jesucristo

por Obispo John M. LeVoir

Como nos acercamos a la Navidad, me gustaría escribir sobre el oficio sacerdotal o el ministerio de Jesús y de cómo llevamos a cabo esa misión hoy en día. Este llamado a continuar el oficio sacerdotal de Cristo viene de nuestro Bautismo. Es en el bautismo que recibimos nuestra identidad como cristianos. En el Bautismo, somos transformados en "otros Cristos" mediante el baño de agua y las palabras proclamadas.

Acerca de la identificación del bautizado con Cristo, el Catecismo de la Iglesia Católica enseña: "Incorporado en Cristo por el Bautismo, el bautizado es configurado a Cristo" (CCC, no 1272.). Además, San Agustín escribió sobre los cristianos bautizados, diciendo: "Alegrémonos, pues y demos gracias a Dios: no sólo nos hemos convertido en cristianos, sino también hemos llegado a ser el mismo Cristo" (San Agustín, en el Iohannis Evangelium Tractatus, tr. 21, 8).

Estar configurado a Cristo por el Bautismo es una fuente de nuestra dignidad. La otra es ser creado a imagen y semejanza de Dios. San Leo el Grande escribió: "Cristiano, recuerda tu dignidad, y ahora que participas de la naturaleza de Dios, no regreses por el pecado a tu condición de base anterior. Ten en cuenta quien es tu cabeza y de cuyo cuerpo eres miembro. No te olvides que has sido rescatado del poder de las tinieblas y traído a la luz del Reino de Dios "(Sermón 1 en Nativitate Domini, 1-3; PL 54, 190-193).

Después de haber sido configurados a Cristo en el bautismo, estamos llamados a continuar la misión de Jesús. Uno de los aspectos de su misión involucró su sacerdocio. Cristo ejerció su sacerdocio al revelar su amor a nosotros. Cristo nos mostró el amor de Dios en cada palabra y acción. La plenitud del amor (la entrega de uno mismo a los demás por su bien verdadero) fue revelada en la Encarnación y la Muerte y Resurrección de Cristo (El Misterio Pascual). Como el Papa Juan Pablo II enseña: "Esta revelación alcanza su plenitud definitiva en el don del amor, que la Palabra de Dios hace a la humanidad al asumir la naturaleza humana [la Encarnación], y en el sacrificio que Jesucristo hace de sí mismo en la Cruz por su novia, la Iglesia [celebrada en la Pascua] "(On the Family, no. 13). Este es el primer acto de la expresión del sacerdocio de Cristo, su encarnación, que celebramos en Navidad.

La palabra "Encarnación" se refiere a Dios el Hijo, la segunda Persona de la Trinidad, asumiendo nuestra naturaleza humana, sin renunciar a su naturaleza divina. Como enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, la Encarnación es "el hecho de que el Hijo de Dios asumió la naturaleza humana y se hizo hombre para lograr nuestra salvación en esta misma naturaleza humana. Jesucristo, el Hijo de Dios, la segunda Persona de la Trinidad, es al mismo tiempo Dios verdadero y hombre verdadero, no parte Dios y parte hombre "(CCC, Glosario).

En otras palabras, al descender del cielo y hacer del seno de la Bienaventurada Virgen María su casa, Jesús se entregó totalmente. No pretendió ser un ser humano o aparentar ser humano, él era totalmente humano. Así, Jesús no esperó nada a cambio, cuando se convirtió en uno de nosotros para nuestra salvación. Se entregó totalmente para nuestro verdadero bien. Esta es la definición del amor. Además de dar su vida en la cruz, así es como Jesús ejerció su sacerdocio.

¿Qué tiene esto que ver con nosotros? Hemos sido llamados por el Bautismo y nuestra configuración a Cristo a imitarlo llevando a cabo su sacerdocio dándonos totalmente a los demás para su verdadero bien. Así como Jesús se entregó a sí mismo al transformarse en uno de nosotros y dar su vida en la cruz por nuestra salvación, así es como debemos entregarnos a los demás, totalmente y sin egoísmo, sin escatimar nada. Este es el significado de la Navidad. Dios se nos entrega, y nosotros nos entregamos a Dios y a los demás.

El don de Dios para nosotros y el don de nosotros mismos a Dios y a los demás les sucede de la manera más poderosa en la Misa. Es en la misa que el sacrificio de la Cruz se presenta de nuevo. El sacrificio de Jesús se hace presente bajo la apariencia del pan y el vino. Así, en la Misa, estamos ahí en la Cruz, recibiendo el amor de Cristo y siendo habilitados para dar amor a Dios y a los demás. Es por eso que vamos a misa de Navidad y cada domingo (o sábado por la noche).

La primera Navidad y cada celebración de la Navidad posterior es una oportunidad para que el Dios-hombre y verdadero sacerdote, Jesucristo, nos empape con su amor. La Navidad es también una oportunidad para volver a comprometernos con la imitación diaria del sacerdocio de Jesús, dando nuestro amor a Dios y a nuestros hermanos y hermanas. Esta oportunidad se nos presenta en todas y cada una de las celebraciones de la Eucaristía.

Como el Papa Benedicto XVI escribió sobre la Eucaristía: "Cada celebración eucarística actualiza sacramentalmente el don que el Señor crucificado hizo de su vida, para nosotros y para todo el mundo. En

la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios hacia todos nuestros hermanos y hermanas. El misterio eucarístico da así lugar a un servicio de caridad hacia el prójimo, que ‘consiste en el hecho de que, en Dios y con Dios, amo también a la persona a la que no me gusta o ni siquiera conozco’” (The Sacrament of Love, no. 88).

Una Navidad llena de bendiciones para usted y los suyos.